

Dossier
La Guerra Civil española
en perspectiva comparada

Michael Seidman (Ed.)

Introducción*

Michael Seidman

University of North Carolina Wilmington

Fecha de aceptación definitiva: septiembre de 2007

Los artículos de este trabajo fueron presentados como comunicaciones al seminario *La Guerra Civil española en la era de la Guerra Total*, organizado por el Instituto Cervantes en Munich, Alemania, en julio de 2006. El Dr. Martin Baumeister (Universidad de Munich) y la Dra. Stefanie Schüler-Springorum (Universidad de Hamburgo) dirigieron con gran acierto un encuentro con el objetivo de situar la Guerra Civil española en el contexto internacional de «la era de las Guerras Mundiales»¹. Los conferenciantes aportaron desde diferentes perspectivas la idea de la Guerra Civil española como una guerra civil del siglo XX en la que —al igual que en los conflictos similares de China, Rusia y Grecia— revolucionarios y contrarrevolucionarios se enfrentaron con extrema violencia, tanto dentro como fuera de los campos de batalla. Estas dos aproximaciones comparativas —la Guerra Civil española como una guerra europea más y como guerra civil interna— son los ejes principales de las contribuciones de esta obra.

Roger Chickering en «La Guerra Civil española en la era de la Guerra Total», discrepa del tópico defendido tradicionalmente por la historiografía militar sobre la creciente «totalización» del fenómeno bélico en el siglo XX. Un proceso, que se inició con la leva en masa de la Revolución Francesa y en el que civiles y soldados fueron movilizados para luchar y trabajar por sus respectivas naciones, envueltas entonces en enfrentamientos cada vez más largos y violentos. Tomando el papel de Alemania en ambas guerras mundiales como referente, Chickering estima que la Guerra Civil española no fue realmente una Guerra Total. Quedó limitada a España y «fue, además, desde el punto de vista logístico y estratégico un conflicto arcaico según los estándares militares contemporáneos». Es más, la Guerra Civil

* Traducción de Luis Arias González.

¹ Ver BAUMEISTER, Martin y SCHÜLER-SPRINGORUM, Stefanie (eds.): *The Spanish Civil in the Age of Total War*, Chigago, University of Chicago Press, 2008 (en prensa).

española no mostró —especialmente en la zona republicana— una exhaustiva movilización de energías en los sectores civiles y militares. Las desertiones y las triquiñuelas para burlar el reclutamiento se dieron en ambas zonas². El gasto militar de la Guerra no llegó a alcanzar el cincuenta por ciento del Producto Nacional Bruto, porcentaje que los historiadores de la Economía consideran mínimo para calificar una guerra como «total». Mucha de la violencia ejercida contra los civiles, especialmente en el lado Republicano, se asemeja al salvajismo indisciplinado y primitivo de las guerras civiles china y rusa. En lo que difiere profundamente la española de las otras dos guerras señaladas es en que tanto la guerra civil rusa como la china son imposibles de concebir sin las Guerras Mundiales que las alentaron y, en cierto modo, acabaron potenciando. Por el contrario, la Guerra Civil española tuvo lugar en un país que no llegaba exhausto después de años previos de lucha y sufrimiento, un factor muy importante para explicar la victoria de los nacionales y sus partidarios. No obstante, la estrategia de Franco en cierto modo evocaba la llevada a cabo en la Primera Guerra Mundial —una lenta y sistemática destrucción del enemigo a través de la superioridad logística—. Comparadas con las republicanas, las tropas de Franco estuvieron mejor alimentadas, pagadas y armadas. Las condiciones de la población civil en la zona insurgente fueron también superiores a las de la leal. En la tradición de la escuela francesa de Annales, Chickering concluye que la historia bélica del siglo XX, incluida la Guerra Civil española, demanda una «historia total» que abarque a la población en su conjunto.

Aunque la Guerra Civil española puede no haber sido una «Guerra Total» en términos económicos o militares, se puede plantear como tal culturalmente. Stefanie Schüler-Springorum en «Las representaciones de la violencia en la Guerra Civil española: el ejemplo alemán», explora la conexión entre violencia y pornografía en la representación alemana de la Guerra Civil española, la «primera guerra mediática» de la historia. En vez de centrarse en el anti-bolchevismo fanático, el componente ideológico más común de la perspectiva nazi sobre la contienda española, examina las imágenes de los cuerpos violados y torturados, tanto masculinos como femeninos. Manejando una amplia variedad de fuentes —noticieros, periódicos, libros y archivos— profundiza en cómo la sangre y el componente erótico hicieron que las historias más atroces, especialmente las referidas a mujeres, resultaran más convincentes a los ojos de lectores y espectadores. Sus hallazgos afectan a muchos otros de los conflictos del siglo XX y ayudan a explicar no sólo la percepción alemana del avance de las tropas soviéticas en el frente oriental durante la Segunda Guerra Mundial, sino también las recientes imágenes de la prisión iraquí de Abu Ghraib, donde, en un desconcertante golpe de efecto, las mujeres torturaban a los hombres.

² CORRAL, Pedro: *Desertores: La Guerra Civil que nadie quiere contar*, Barcelona, Debate, 2006.

Al igual que Stefanie Schüler-Springorum, Mary Vincent en «La Guerra Civil española como guerra de religión», no ve progreso cultural alguno en la Guerra española sino más bien una regresión, en lo que ella entiende como una guerra de religión, con particular resonancia y relevancia después del 11 de septiembre del 2001. Acepta plenamente el término «guerra de religión» y argumenta que zanjarla como un mero «fanatismo», tal como han hecho muchos historiadores, impide entender la vivencia de los católicos en la zona nacional. Vincent establece comparaciones muy sugerentes con otras guerras civiles marcadas por la religión y las cuestiones morales —el conflicto inglés del S. XVII entre puritanos y caballeros, o la lucha en el XIX entre abolicionistas del Norte y esclavistas del Sur en Estados Unidos—. El general Eisenhower consideró la Segunda Guerra Mundial como una «cruzada» contra el Nazismo. Como los aliados durante la Segunda Guerra Mundial, los devotos católicos tildaron a la Guerra de España únicamente de «Santa Cruzada» y creyeron que sus caídos eran «mártires», ignorando, desde luego, su papel como ejecutores de actos violentos. La Iglesia enfatizó el «sufrimiento redentor» de los casi 7.000 sacerdotes, frailes, seminaristas y —en bastante menor medida— monjas, asesinados en la terrible oleada de anticlericalismo al comienzo del conflicto. Para los creyentes, España parecía estar siguiendo el camino hacia el ateísmo de la Unión Soviética. Reaccionaron no sólo sacrificando sus vidas y riquezas, sino también fomentando los rituales y las prácticas tradicionales católicas. Políticamente, supuso que cada facción de la derecha española —incluyendo a la fascista Falange— tuviera que definirse a sí misma como católica. De muchas maneras, el retorno «nacional-católico» español del siglo XX recuerda a su predecesor francés del siglo XIX. Como reacción a la ofensiva contra la propiedad privada defendida por los proletarios de la Revolución de 1848, cierta burguesía francesa, antes escéptica, volvió a la fe de sus antepasados.

Este es uno de los objetivos de este número de *Alcores*, que historiadores no especialistas en el estudio de la Guerra Civil española puedan esclarecer aspectos significativos del conflicto. Alaric Searle, en «Gran Bretaña, los ideólogos militares, y la experiencia de la Guerra Civil española», sitúa la Guerra española en el contexto de los debates militares en Europa y especialmente en Gran Bretaña durante el periodo de entreguerras. Para muchos de los observadores familiarizados con la Primera Guerra Mundial, la guerra de España les parecía de menor intensidad. Las batallas ocurrían «sólo intermitentemente» y se hacía muy poco esfuerzo para acosar al enemigo cuando éste procedía a movilizar sus efectivos. Por lo que Searle corrobora la afirmación de Chickering de que la Guerra española no fue una guerra «total».

La contribución de Searle pretende trascender el concepto de «lección aprendida» como acercamiento a la historia militar (por ejemplo: la efectividad de la

«guerra relámpago» sobre la defensa estática) y explorar más profundamente las conexiones entre ideología política y pensamiento militar. Los agregados militares británicos fueron incapaces de formular análisis acertados del conflicto por estar fuertemente influidos por los convencionalismos y tópicos en torno al «carácter nacional» español. No obstante, el fascista británico, Comandante General J.F.C. Fuller, llegó a estar convencido de que Franco era un «consumado estratega» que hizo todo lo posible para hacer triunfar su levantamiento nacional. La aseveración de Fuller es especialmente relevante dado que cuestiona a muchos historiadores españoles y extranjeros que hoy día sostienen que el Generalísimo era militarmente incompetente. Para entender el significado y el éxito de la estrategia de Franco, Fuller establece comparaciones preceptivas con otras guerras civiles. Aunque un buen número de los historiadores contemporáneos ha atribuido la victoria de Franco a la ayuda exterior de las potencias fascistas, Fuller argumenta que a pesar de la considerable ayuda extranjera, los rusos blancos no pudieron evitar la derrota. En cierto modo, equipara la República española con la Confederación durante la Guerra de Secesión norteamericana. Ambas estaban destinadas a perder en una guerra de desgaste. El comunista británico, Tom Wintringham, llegó a una conclusión radicalmente distinta: sólo una fuerza democrática podría alcanzar una victoria decisiva. Ferdinand Otto Miksche, un oficial checo prorrepblicano, atribuyó la derrota de la República a la falta de disciplina de sus soldados. Miksche también entendió el carácter irregular de la Guerra Civil española, con rasgos que recordaban a las barricadas de 1848, a la guerra de trincheras de la Primera Guerra Mundial e incluso a la «guerra relámpago» entre 1939 y 1940.

Mi propia contribución, «Las experiencias de los soldados durante la Guerra Civil española» refuerza el argumento de que los nacionales (y desde luego el propio Franco) fueron logística y militarmente más competentes que sus enemigos republicanos y que sus homólogos contrarrevolucionarios —los rusos blancos y los chinos nacionalistas—. Mi aserto está basado en una historia social de la Guerra que se centra en las experiencias de soldados de ambos ejércitos enfrentados. Los soldados republicanos (y los civiles) sintieron muy poca lealtad hacia un gobierno incapaz de cumplir su «contrato no escrito» y cubrir las necesidades básicas de la población. Como en otras guerras civiles del siglo XX —por ejemplo, cuando los rusos blancos y los chinos nacionalistas no pudieron alimentar a sus tropas— la desmoralización, las desertiones, y las consiguientes derrotas fueron el resultado. Por el contrario, los relativamente bien pertrechados nacionales en España, cuya economía política doméstica funcionó de manera eficaz, fueron capaces de conservar la lealtad de sus fuerzas y la disciplina. Como los aliados en ambas guerras mundiales o el norte en la Guerra Civil norteamericana, los nacionales españoles acabaron triunfando en una guerra de desgaste.

Stathis Kalyvas en «Cómo llegué a ser un revisionista (sin saber lo que esto significaba): Usos y abusos de un concepto en el debate sobre la Guerra Civil griega» no tiene nada que ver en realidad con el conflicto español. Aunque, paradójicamente, es muy revelador de los debates que, con evidente carga política y emocional, caracterizan la historiografía actual de las guerras civiles del siglo XX en los países en que tuvieron lugar. Kalyvas muestra que el concepto de revisionismo «es o redundante o peligroso» dado que el trabajo científico supone siempre la posibilidad de producir un nuevo conocimiento que llegue a desafiar las convicciones más ampliamente aceptadas.

El revisionismo es un concepto peligroso porque puede ser usado para deslegitimar toda investigación que contradiga un paradigma comúnmente aceptado. Kalyvas se embarca en una breve historia del concepto y en una convincente —y sincera— historia personal de cómo el autor llegó a ser etiquetado como «revisionista» por aquellos que se oponían a su innovadora y comparativa interpretación de la Guerra Civil griega. En contra de los análisis tradicionales, Kalyvas sostuvo que el conflicto se dio de manera extremadamente diversa a lo largo y ancho de Grecia. En particular, se acercó a la historia «desde abajo» y se encontró con que la dinámica en el mundo rural difería radicalmente del discurso político sostenido por las elites urbanas. Centrándose en la violencia inicial, ignorada o minusvalorada por la mayoría de los historiadores, ofreció una nueva periodización en la que la Guerra Civil comenzaba en 1943 y no en la fecha aceptada de 1946. Finalmente, y lo más controvertido, fue que aseguró que la Resistencia Comunista «recurrió a la violencia masiva contra los civiles durante la ocupación» y que la violencia izquierdista en la región de Argólida (en el área noroccidental del Peloponeso) «fue responsable de aproximadamente tantos homicidios como los alemanes y sus colaboradores». En otras palabras, los comunistas griegos fueron tan ejecutores como víctimas de la violencia, y al igual que sus enemigos de la derecha, usaron el terror con propósitos políticos. Es más, el terror izquierdista en Grecia —a diferencia del de sus homólogos en la Guerra Civil española— fue planificado. Además, estuvo ligado a ciclos de respuesta al terror y venganza a escala local, donde derecha e izquierda —y gran número de personas no definidas, pero atrapadas entre ambas ideologías— lucharon por sus propios objetivos. Kalyvas propuso una agenda de investigación que no demonizara ni santificara a priori a sus componentes, propusiera nuevos temas y se concentrara en las reacciones al conflicto. Sus críticos en la izquierda le tacharon de incompetente y de ser un revisionista al margen de toda escuela que estaba sospechosamente ligado a los esquemas imperialistas norteamericanos. Kalyvas, concluyó fríamente defendiendo que los especialistas deberían «hacer todo el esfuerzo posible por elevar el criterio estándar de evaluación de los trabajos de investigación». En otras palabras, que nuestras interpretacio-

nes sobre las guerras civiles deben basarse en la evidencia aportada por una amplia gama de fuentes, sobre la que los historiadores realmente creativos puedan hacerse nuevas preguntas.